

mezcla sobre las hostias procurando un espesor uniforme que no llega al centímetro con una cuchara de madera ligeramente mojada en su parte convexa; colocar otras hostias sobre el pan, así dispuesto, y ponerlo con sus compañeros sobre una mesa con una tabla encima cargada de peso a fin de prensar los panes, y que las hostias queden adheridas a ellos; la operación ha de realizarse deprisa con el fin de que la pasta no se endurezca al enfriarse.

Concluida, quedaba a los chicos la grata tarea de rebañar la perola, empresa difícil pasados unos minutos pues las partículas de miel acaramelada adheridas al recipiente se ponen duras como una piedra.

En no pocas casas del pueblo preferían los melaos, que es una cosa parecida hecha también en forma de panes, pero con cañamones tostados en lugar de nueces.

La Navidad en Atienza, como en otros sitios, no es para las personas mayores sino el pretexto de honesto esparcimiento y para los chicos deliciosa perspectiva de atracones de alajú, mazapán, turrón y cosas por el estilo, de recreo con la construcción de nacimientos y de bullicio inaguantable con la lata soberana dada a familiares y convecinos mediante el ininterrumpido toque y retoque de la zambomba, caminando de calle en calle o puerta en puerta a pedir el aguinaldo previo canto del correspondiente villancico:

A tu puerta hemos llegado,  
cuatrocientos en cuadrilla,  
si quieres que nos sentemos,  
saca cuatrocientas sillas...

Entreteníase la trasnocada de Navidad hasta la misa del Gallo, jugando en las casas a la lotería de cartones después de opípara cena, en la que no podía faltar un plato de besugo, o un pollo bien cocinado, ni el obligado postre de castañas asadas o cocidas con anís; mi padre prefería las primeras, las segundas mi madre y los hijos hacíamos igual a pluma que a pelo. Luego todos a misa, los hombres con sus capas, las mujeres con sus mantos...

En la calle, algarabía de gente moza que recorría el pueblo tocando sartenes, almireces, enormes zambombas hechas con cubas u ollas viejas, cortando el aire la copla de los villancicos.

Las rondas, que todavía existían, se dejaban oír por todos los callejones, parecía que en Atienza todos tocaban la pandereta o la zambomba, y eso se dejaba notar hasta muy altas horas de la noche.

También los belenes tenían su aquél. Desde los grandes nacimientos que se instalaban en las iglesias de San Juan o de la Trinidad, hasta los particulares, aunque no todo el mundo disponía de hermosas figuras con las que componer un bonito nacimiento. Y de las iglesias, todo el mundo hablaba del gran nacimiento que se componía en la iglesia de San Salvador, donde hasta hubo una cofradía que se llamó de Belén. Se contaba, por quienes lo conocieron, que era digno de admirar.

Navidad, tiempo de dulces, de cantos y de sueños, de mucha nieve también, que por entonces nevaba, y el calor de la lumbre se añadía al calor del sentimiento navideño...

Imagen: La Adoración de los pastores. Juan Bautista Maino. Museo del Prado. Madrid.